

A todos los chicos de los que me enamoré

*A todos  
los chicos  
de los  
que me  
enamuré*

JENNY HAN

Traducción de Marta Becerril Albornà



Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – España

Título original: *To All the Boys I've Loved Before*

© 2014, Jenny Han, del texto

© 2014, Marta Becerril Albornà, por la traducción

© 2014, Editorial Planeta, S.A. – Barcelona, España

Derechos reservados

© 2015, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial DESTINO<sup>M.R.</sup>

Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2

Colonia Polanco V Sección

Delegación Miguel Hidalgo

C.P. 11560, México, Ciudad de México

[www.planetadelibros.com.mx](http://www.planetadelibros.com.mx)

Primera edición impresa en España: mayo de 2014

ISBN: 978-84-08-12844-1

Primera edición impresa en México: enero de 2015

Novena reimpresión en México: julio de 2018

ISBN: 978-607-07-2558-6

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de EDAMSA Impresiones, S.A. de C.V.

Av. Hidalgo núm. 111, Col. Fracc. San Nicolás Tolentino, Ciudad de México.

Impreso en México - *Printed in Mexico*

Me gusta rescatar cosas. No se trata de cosas importantes como las ballenas, personas o el medio ambiente. Son tonterías. Campanas de porcelana de las que venden en las tiendas de recuerdos. Moldes de galleta que no vas a usar nunca porque ¿quién va a querer una galleta con forma de pie? Listones para el pelo. Cartas de amor. De entre todas las cosas que guardo, se podría decir que mis cartas de amor son mi posesión más preciada.

Guardo mis cartas en una sombrerera de color verde azulado que mi madre me compró en una tienda *vintage* en el centro. No son cartas que me hayan escrito; de esas no tengo ninguna. Estas son las que yo he escrito. Hay una por cada chico del que me he enamorado: cinco en total.

Cuando escribo, me muestro tal como soy. Escribo como si él nunca fuera a leerla. Porque no lo hará nunca. Todos mis pensamientos secretos, todas mis observaciones minuciosas, todo lo que he ido guardando en mi interior, lo vierto todo en la carta. Cuando termino, la sello, añado el destinatario y entonces la guardo en mi sombrerera verde.

No son cartas de amor en el sentido estricto de la palabra. Mis cartas son para cuando ya no quiero seguir estando enamorada. Son una despedida. Porque después de escribir la carta, ya no me posee un amor que todo lo consume. Puedo comer cereal y no pensar si él también prefiere trozos de plátano por encima de sus Cheerios. Puedo cantar una canción de amor sin dedicársela a él. Si el amor es como estar poseído, quizá mis cartas de amor sean como un exorcismo. Mis cartas me liberan. O, al menos, es lo que se supone que deberían hacer.

Josh es el novio de Margot, pero podría decirse que toda mi familia está un poco enamorada de él. No soy capaz de asegurar quién de nosotros lo está más. Antes de ser el novio de Margot, era solo Josh. Siempre estuvo ahí. Digo siempre, aunque supongo que no es cierto. Se mudó a la casa de al lado hace cinco años, pero tengo la sensación de que siempre ha estado ahí.

Mi padre quiere a Josh porque es un chico y mi padre está rodeado de chicas. Lo digo en serio: se pasa el día rodeado de mujeres. Mi padre es ginecólogo, y resulta que también es padre de tres hijas, así que no hay más que chicas, chicas y más chicas todo el día. También le gusta Josh porque este es aficionado a los cómics y lo acompaña a pescar. Mi padre intentó llevarnos a pescar una vez y yo lloré porque los zapatos se me ensuciaron de lodo, Margot lloró porque se le mojó el libro y Kitty lloró porque seguía siendo prácticamente un bebé.

Kitty quiere a Josh porque juega cartas con ella y no se aburre. O al menos, finge no aburrirse. Llegan a acuerdos entre ellos: «Si gano la próxima mano, tienes que prepa-

rarme un sándwich tostado de mantequilla de cacahuete crujiente, sin corteza». Kitty es así. Al final, seguro que no queda mantequilla de cacahuete crujiente y Josh dirá: «Mala suerte, escoge otra cosa». Pero Kitty insistirá hasta el agotamiento y Josh saldrá a comprarla. Josh es así.

Si tuviera que explicar por qué lo quiere Margot, creo que quizá respondería que porque todos lo queremos.

Estamos en la sala; Kitty está pegando fotos de perros en un pedazo gigante de cartón. Está rodeada de papelitos y de retales. Canturreando para sí, dice:

—Cuando papi me pregunte qué quiero para Navidad, le responderé: «Escoge una de estas razas y estaremos en paz».

Margot y Josh están en el sillón; yo estoy tumbada en el suelo, viendo la televisión. Josh ha preparado un gran tazón de palomitas y estoy entregada a él, un puñado de palomitas tras otro.

Aparece un anuncio de perfume: una chica corre por las calles de París con un vestido de espalda descubierta de color orquídea, fino como un pañuelo de papel. ¡Qué no daría por ser esa chica del vestido liviano como el papel correteando por París en primavera! Me incorporo de repente y me atraganto con una palomita. Entre tos y tos, exclamo:

—¡Margot, encontrémonos en París para las vacaciones de primavera!

Ya me imagino a mí misma revoloteando con un macarrón de pistache en una mano y uno de frambuesa en la otra.

A Margot se le iluminan los ojos.

—¿Crees que papá te dará permiso?

—Claro que sí: es un viaje cultural. Tendrá que dármelo.

Pero también es verdad que nunca he viajado sola en avión. Ni tampoco he viajado al extranjero. ¿Margot y yo nos encontraríamos en el aeropuerto o tendría que encontrar la pensión yo sola?

Josh debe de notarme la súbita preocupación en la cara, porque dice:

—No te preocupes. Seguro que tu padre te dará permiso si yo te acompaño.

Me animo al instante.

—¡Sí! Podemos dormir en una pensión y saborear pasteles y queso en todas las comidas.

—¡Podemos visitar la tumba de Jim Morrison! —añade Josh.

—¡Podemos ir a una *parfumerie* y encargar nuestros perfumes personalizados! —exclamo, y Josh suelta un bufido de risa.

—Mmm, estoy casi seguro de que eso de encargar perfumes personalizados en una *parfumerie* costaría lo mismo que una estancia de una semana en una pensión —comenta y le da un empujoncito con el codo a Margot—. Tu hermana sufre delirios de grandeza.

—Es la más sofisticada de las tres —asiente Margot.

—¿Y yo, qué? —gimotea Kitty.

—¿Tú? Tú eres la chica Song menos sofisticada. Por las noches tengo que suplicarte que te laves los pies, por no hablar de bañarte —respondo en tono burlón.

Las facciones de Kitty se arrugan y se pone roja.

—No hablaba de eso, pájaro dodo. Hablaba de París.

Pongo fin a la conversación con ligereza.

—Eres demasiado pequeña para quedarte en una pensión.



Kitty gatea hasta Margot y se sienta en su regazo, a pesar de que tiene nueve años, y por lo tanto es muy mayor como para sentarse en el regazo de alguien.

—Margot, tú me dejarás ir, ¿verdad?

—Quizá podrían ser unas vacaciones familiares. Podrían ir tú y Lara Jean, y también papá —responde Margot, y le da un beso en la mejilla.

Frunzo el ceño. Ese no es el viaje a París que me había imaginado. Por encima de la cabeza de Kitty, Josh articula en silencio: «Lo hablamos luego», y yo levanto discretamente los pulgares a modo de respuesta.

Es de noche. Josh se ha ido hace rato. Kitty y papá están dormidos. Nosotras estamos en la cocina. Margot está sentada a la mesa con su computadora; yo estoy sentada a su lado, haciendo bolas de masa de galleta y cubriéndolas de canela y de azúcar. Las hago para recuperar el favor de Kitty. Antes, cuando fui a darle las buenas noches, Kitty se dio la vuelta y no quiso hablar conmigo porque está convencida que la dejaré fuera del viaje a París. Mi plan consiste en dejar las galletas recién horneadas en un plato junto a su almohada para que se despierte con su aroma.

Margot ha estado súper callada y, de repente, sin venir a cuento, levanta la vista de la pantalla y dice:

—Esta noche he cortado con Josh. Después de la cena.

La bola de masa de galleta se me cae de entre los dedos y aterriza en el tazón de azúcar.

—Había llegado el momento —añade. No tiene los ojos enrojecidos; no ha estado llorando. Al menos, eso creo. Su tono de voz es tranquilo y monocorde. Cualquiera que la

viera pensaría que Margot está bien. Porque Margot siempre está bien, incluso cuando no lo está.

—No sé por qué tenían que romper. El hecho de que te marches a la universidad no significa que deban romper.

—Lara Jean, me marcho a Escocia, no a la Universidad de Virginia. Saint Andrews está a seis mil kilómetros de distancia. ¿Qué sentido tendría? —me pregunta, mientras se sube los lentes.

No puedo creer lo que dice.

—El sentido es que se trata de Josh. Josh, ¡el chico que te quiere más de lo que ningún chico haya querido nunca a ninguna chica!

Margot pone los ojos en blanco. Cree que estoy siendo melodramática, pero no es cierto. Es la verdad, así es lo mucho que ama Josh a Margot. Nunca se fijaría en ninguna otra chica.

De repente, dice:

—¿Sabes lo que me dijo mamá una vez?

—¿Qué?

Por un momento, me olvido completamente de Josh, porque no importa lo que esté haciendo, tanto si Margot y yo estamos en mitad de una discusión como si está a punto de atropellarme un coche, siempre me detendré a escuchar una historia sobre mamá. Cualquier detalle, cualquier recuerdo que Margot conserve, yo también quiero tenerlo. De todos modos, soy más afortunada que Kitty. Esta no guarda ningún recuerdo de mamá que no le hayamos dado nosotras. Le hemos contado tantas historias y tantas veces que ahora le pertenecen.

—¿Te acuerdas de cuando...? —comienza. Y entonces cuenta la historia como si hubiera estado allí de verdad y no hubiera sido un bebé por aquel entonces.

—Me dijo que intentara no ir a la universidad si tenía novio. Dijo que no quería que fuera la chica que llora al teléfono cuando habla con su novio y que dice que no a las cosas en lugar de decir que sí.

Supongo que Escocia es el sí de Margot. Distraída, tomo una cucharada de masa de galleta y me la meto en la boca.

—No deberías comerte cruda la masa de galleta —me advierte Margot.

No le hago ningún caso.

—Josh nunca sería un lastre. Él no es así. ¿Te acuerdas de cuando decidiste presentarte a las elecciones para el consejo de estudiantes y se convirtió en tu director de campaña? ¡Es tu fan número uno!

Después de oír mi comentario, Margot hace un puchero y yo me levanto y me arrojo a sus brazos. Echa la cabeza atrás y me sonrío.

—Estoy bien —dice, pero no lo está. Sé que no lo está.

—Todavía no es demasiado tarde, ¿sabes? Puedes ir hacia allá ahora mismo y decirle que has cambiado de opinión.

Margot niega con la cabeza.

—Ya está hecho, Lara Jean —contesta. La suelto y cierra la portátil—. ¿Cuándo terminarás la primera tanda? Tengo hambre.

Le echo un vistazo al temporizador magnético del refrigerador.

—Faltan cuatro minutos.

Vuelvo a sentarme y replico:

—Me da igual lo que digas, Margot. No han terminado. Lo quieres demasiado.

Margot niega con la cabeza.

—Lara Jean —empieza, en su típico tono paciente, como si yo fuera una niña y ella una anciana sabia de cuarenta y dos años.

Agito una cucharada de masa de galleta bajo su nariz, y Margot titubea un momento y abre la boca. Se la doy de comer como si fuera un bebé.

—Espera y verás. Josh y tú volverán a estar juntos en un día, o puede que dos.

Incluso mientras lo digo, sé que no es verdad. Margot no es el tipo de chica que deja y luego vuelve con alguien por capricho; una vez que se ha decidido, eso es todo. No se anda por las ramas, no se anda con remordimientos. Como suele decir: cuando se ha terminado, se ha terminado.

Desearía (y he pensado en esto muchas, muchas veces, demasiadas como para contarlas) parecerme más a Margot. Porque en ocasiones tengo la sensación de que nunca habré terminado.

Luego, después de lavar los platos y de dejar las galletas en la almohada de Kitty, subo a mi habitación. No enciendo la luz. Voy a la ventana. Las luces de Josh siguen encendidas.